

Santa Cruz de Medinaceli

El Regreso

Rosa Maria Garcia Palacio

@gprosam

Obra registrada en Safe Creative n° de registro 1502053188579

Gracias Ana, por leer y siempre apoyarme
en estas locas paginas.

1.

Alicia

"En ocasiones auguras la muerte tan cercana

y

la sientes acomodarse tan plácidamente en tu certeza que te rindes"

Un frío húmedo, negro cómodamente instalado en el desolado salón, hediendo a aliento de tierra helada, a muerte, a miedo, a soledad había agotado ya todas sus fuerzas. Derrotada, abatida, incapaz de luchar más, acunada por el triste lamento de la dolorida casa, envuelta en su oscuridad, en su abandono esperaba, sólo esperaba que cesara ya aquella angustia, el miedo, las sombras, el hambre, el frío, la incertidumbre; que terminara la larga espera que todo acabara ya.

Enfundados sus pies bajo una gruesa y ajada manta, tres pares de calcetines de lana, unas viejas botas encontradas en el fondo de un armario y su cuerpo envuelto igualmente en ropa: con dos gruesos jerséis, tres chaquetas viejas del mismo armario de la planta superior, su plumas y un viejo abrigo de su abuelo que olía a naftalina apenas se podía mover; aún así tenía frío, mucho frío, sobre todo en los pies, ¡nunca lo había soportado en los pies!

Tampoco conseguía vencer el cansancio de sus pensamientos ni al miedo, no conseguía dormir y necesitaba dormir. Comió su último trozo de pan, se acurrucó aún más en su rincón abrazando sus piernas y apoyando en estas su barbilla e Intentó no pensar..., no debía pensar más, no podía hacerlo más..., necesitaba dormir, hacia más de tres días que estaba allí encerrada, no había nada que hacer y la oscuridad era absoluta.

Se volvería loca.

A modo del colchón, había colocado mantas y trapos viejos en el lugar que le pareció más seguro y resguardado del destartado salón, junto a una de las paredes laterales, en el espacio ahora vacío del viejo aparador; herencia de la abuela Telesfora a su querido nieto, su padre, aquel que junto con su impresionante, deteriorado y ya casi opaco espejo labrado con grandes racimos de margaritas y azucenas con más de 200 años de antigüedad había sido su único patrimonio y queridísimo recuerdo de familia; y recordó a su padre emocionado ayudando a bajarlo con sumo cuidado del camión del restaurador mientras que el borde de su lengua reconocía tímidamente el salado sabor de una lágrima; se preguntó donde habría ido a parar. ¿Y la vieja fotografía de la boda?, tampoco estaba ya en su lugar.

Tal vez habría estado más resguardada refugiándose en el interior de algún armario de cualquier habitación de la primera planta, y esa fue su primera intención, pero sintió su presencia, un suave aliento en su nuca, y con él la certeza de que tras la vieja puerta de la buhardilla habitaba el fantasma de aquella malvada mujer. Sintió el mismo pánico que el que sintió de niña cuando Tomás y sus amigos le aseguraron que ellos la habían visto; entonces lo creyó y esa noche también lo creyó. Lejos, muy lejos habían quedado aquellas noches de fantásticas historias, miedo y pesadillas, desde que se marchó, ocultas tal vez por su propia realidad, sus propios demonios y aquella desesperada necesidad de sobrevivir que sintió durante tantos y tantos años; pero hoy, hoy volvían todas reales, dispuestas a desvelarse aterradoras, cautas agazapadas tras la puerta esperando el momento oportuno para absorberla hacia la oscuridad, hacia esa certera ciénaga sin fondo, oscura y tremenda. Aterrada, corrió escaleras abajo; angustiada cerró la puerta tras de sí, y el miedo, como cuando era niña, se quedó allí arriba esperando.

Quizás porque había demasiadas cosas que hacer tardó en volver, atareada en pretender sin demasiado éxito acomodarse en la planta baja de la destartada casa. Cubrió como pudo las desvencijadas ventanas apenas vestidas por algún que otro trozo de cristal que milagrosamente desafiando a la gravedad aún permanecía en su lugar; por lo que el frío y la corriente hacían que el permanecer allí resultase insoportable. Recogió algunos visillos junto con sus inmensos y tupidos cortinones que aparecían tirados, sucios y revueltos por el suelo y los utilizó para su improvisado colchón. Otros que colgaban inertes de las barras semi— desprendidas

de sus ganchos, los sujetó como pudo a las ventanas para impedir que la nieve y el frío continuasen entrando, y con gran esfuerzo descolgó todas las puertas que pudo para cubrir más los huecos. En la leñera no había ni un palo.

Tampoco tenía cerillas.

A las cuatro de la tarde impresionantes nubarrones negros cubrían el cielo poblando con la incipiente oscuridad de la noche el solitario pueblo, había dejado de nevar apenas hacia un momento y un solitario cartel de chapa le dio su bienvenida a Santa Cruz de Medinaceli; sonriente, feliz y un poco asustada comenzó a subir la empinada cuesta... “¡Habían pasado tantos años!, ¡tantas veces soñado con el regreso!,... ¡aún no se lo podía creer!...”

A su paso ni una sola huella en la nieve, ni luces encendidas tras las ventanas, ni persianas corridas, tampoco salía humo de las chimeneas y nadie había retirado la nieve acumulada en las puertas, el abandono era evidente, allí no había nadie.

Al llegar a casa con sus manos aferradas fuertemente a los barrotes oxidados de la puerta del jardín comprobó bajo un cielo negro amenazador el lamentable estado que ofrecía el conjunto: tendiendo de las ventanas, como lágrimas derramadas, visillos y cortinas empapados, descoloridos, ajados, enmarañados por el viento, vidrios rotos erguidos sobre sus molduras, viejos rosales altos, secos y quebradizos y pendiendo de sus ramas algunas rosas heladas cubiertas de nieve. Su mente voló nuevamente al pasado, vio claramente a su padre en un día cualquiera de mes de octubre, su viejo sombrero de paja, su perenne mono y las mangas recogidas sobre los codos luciendo aquellos recios brazos dorados por el sol, tan añorados, podando los innumerables árboles y rosales que lo poblaban, mimándolos, preparando su adorado jardín para pasar el siempre crudo invierno de Santa Cruz. Zarzas, hierbajos y cardos todos secos, tronchados por doquier ocultando el espléndido empedrado. Rancios árboles, ramas viejas, quebradas por el peso y sus frutos bajo un incipiente manto de nieve pudriéndose a sus pies. Nervios ramificados de enredadera, aquella en la que su padre había puesto tanto empeño para que cuajase ahora muerta, ofreciendo sus troncos desnudos devanándose sin control sobre la robusta y deteriorada valla. Hojas secas, podridas, cubriendo los rincones del desgastado suelo del porche y el columpio, aquel del que tanto

habían disfrutado junto a papá roto, inerte, volcado sobre las maderas del suelo. Empujó la verja y con cuidado, como de costumbre, la cerró; cruzó lentamente el jardín armándose de valor, la puerta de la vivienda estaba cerrada y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Pese al abandono del jardín, la rotura de ventanas y la falta de muebles y enseres, suelos y paredes estaban en perfecto estado, tan sólo el claro cerco que tanto muebles como cuadros y espejos habían dejado tras su retirada. Se sintió aliviada, pensó que no había pasado demasiado tiempo y que sus últimos moradores habían tenido cuidado en la mudanza para no rallar el parqué ni los estupendos yesos de vivos colores que siempre había tenido la casa; esto la alentó un poco, pensó que su familia se había mudado que aún estaban vivos y achacó el destrozo a un acto vandálico de algún aburrido chaval, no obstante decidió que a la mañana siguiente se daría una vuelta por el cementerio antes de partir.

Al entrar en la cocina se iluminó su mirada al comprobar que aquellos cómodos y recios muebles de nogal que tan bien recordaba y que tantas y tantas veces había añorado permanecían allí pese a la desolación de la casa en perfecto estado. Abrió todas sus puertas y cajones ya casi a tientas en busca de algún utensilio, cerillas, velas, cualquier cosa que pudiera utilizar, no encontró nada.

Abrió el grifo, nada. Con mucho trabajo giró la vieja y oxidada llave de paso situada bajo el mueble de la pila, un nauseabundo aire retenido brotó bruscamente de su caño ahogando toda la estancia, luego barro, tierra sucia, removida le salpicó toda la ropa; expectante, ajena al olor que ella misma desprendía, esperó. Por fin manó agua turbia, la dejó correr. El preciado líquido limpio, fresco, casi helado se abrió paso a través de las desgastadas tuberías. Se lavó las manos, bebió directamente del grifo, reconoció su grato sabor, satisfecha secó su boca con la manga de su abrigo, como cuando era niña, y por primera vez sonrió.

Un poco más animada sacó sus cosas de la mochila, las dispuso en un rincón de la encimera y sobre una vieja tela separó las cosas de comer, volvió a guardar la ropa. Cogió su cepillo de pelo y utilizó su mango a modo de cuña para frenar una de las puertas que había colocado tapando una ventana del salón y que no había modo de frenar. Regresó a su rincón, finalizó su actividad, no podía hacer más la oscuridad era absoluta.

Por Rosa María García Palacio.

A la mañana siguiente ya era imposible escapar.

Despertó rígida de frío, tardó en comprender donde estaba, el frío, la oscuridad y el miedo su única compañía; encogida sobre sí misma, abrigándose con su propio cuerpo, acurrucada entre las sucias y húmedas cortinas, las manos entre las piernas y las rodillas contra el pecho; los pies helados a pesar de las botas y los calcetines de lana, las puntas de los dedos inertes, las articulaciones entumecidas, la sensación de peligro, de hundirse en un pozo profundo, oscuro, sin fin otra vez.

La nieve cubría ya prácticamente la mitad de la puerta y rebosaba por las ventanas de la planta baja, continuaba nevando, podía sentirlo; se preguntó una vez más angustiada cuando pararía, estaba sola y no veía forma de salir, no había teléfono, no había luz, su móvil estaba sin batería, posiblemente no habría cobertura, tampoco había ya nada que comer y tenía hambre. Aquella parecía ser la semana más larga y caótica de su vida, tal vez la última. Tenía que salir de allí. A primera hora, en cuanto amaneciese intentaría otra vez escapar.

Primero tenía que dormir.

Lloraba constantemente por todo, su presente, su pasado, por su situación; más que el frío y la oscuridad como fondo de pozo, lamentaba lo que ahora se le antojaba la consecuencia de una tonta decisión: ¡Nunca debió volver!, ¿para qué? ¿Por qué? Aquello era una jugada del destino, esta vez nadie tenía la culpa, ni era consecuencia de algún macabro enredo planeado, aquello tan solo era la consecuencia de su tonta decisión.

¿Qué esperabas Alicia?

Acostumbrada a viajar sabía que tener muy presente las previsiones meteorológicas formaban parte del protocolo, de hecho siempre había sido muy meticulosa en este aspecto, nunca viajaba sin informarse bien para poder adaptar el equipaje y el itinerario; había oído las previsiones durante sus esperas en el aeropuerto y en la estación, sin embargo no prestó demasiada atención, no les dio importancia, conocía la zona, pensó que iba bien abrigada y no imaginó que a su llegada se encontraría otra vez sola.

No sentía los dedos de sus pies, sabía lo que significaba y ya ni siquiera intentaba ponerse en pie mientras crueles nubarrones negros se filtraban por su mente, retornadas almas atormentadas de su pasado que reían y jugaban triunfantes por doquier e impedían su reacción: ¡Nada puedes hacer ya,... has perdido la partida!

Mil veces había acariciado su final, pero nunca, ni en sus peores pesadillas, lo imaginó allí, de aquella manera.

— ¡Te lo advertí, nadie te quiere, nadie te está esperando! — le susurraba su madre perseverante al oído— PERO ¡TÚ TENIAS QUE VOLVER!

“Tú vuelves, el pasado no, él se fue para siempre”.

El tren paró en la estación el miércoles, tres de febrero, a las diez y cuarto de la mañana con apenas cinco minutos de retraso.

“¡En los últimos años han cambiado muchas cosas!” Pensó casi en voz alta y entusiasmada observando el entorno a través del cristal de la puerta del vagón esperando impaciente en pie a que este terminase de acoplarse en el andén.

Caían ya algunos copos, al abrirse las puertas el cálido y desagradable aliento de los bajos del tren le acarició el rostro y removió su despeinada melena unos segundos; se apeó feliz cargando tan solo con su vieja mochila azul cubierta por innumerables pegatinas que cobijaban los pequeños rotos del pasar de los años, su vieja compañera de viaje y durante tanto tiempo olvidada en un rincón del armario.

Feliz, estaba feliz, ¡después de tantos años por fin volvía a casa! No se molestó en llamar ni en avisar de su regreso. No había donde llamar lo sabía, no importaba demasiado, sólo quería volver.

No cargaba con ningún mapa, esta vez no lo necesitaba, conocía bien la zona y le sorprendió descubrir una ciudad distinta, más grande, animada, diferente. En su recorrido hacia la parada de autobús arrullada por el hechicero olor a pino, a aire limpio, a tierra fresca no vio una sola cara conocida, no le extrañó, ¡hacia ya tanto tiempo! Llegó a su destino aún embriagada por aquellos bálsamos y se giró en redondo reconociendo el entorno, recordando su niñez, estar allí le producía tal placer que necesitaba más, respiró profundo, lenta, dulcemente y descubrió nuevos aromas olvidados, enterrados tantos años.

¡MI TIERRA! Se gritó satisfecha.

— Disculpe señor, ¿podría indicarme a qué hora sale el autobús del Norte?

Preguntó Alicia a un enjuto abuelo al que apenas se le veía la cara envuelta bajo un gorro azul de lana y una bufanda gris que sentado en el borde de la barbacana del río con las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos e inclinado hacia delante, reposando la barbilla sobre sus manos posadas a su vez en un viejo bastón de

madera permanecía inmóvil y ajeno a su presencia mirando aparentemente a ninguna parte; parecía esperar a alguien, pero no lo hacía, sólo esperaba; esperaba, como tantos otros, el pasar del tiempo.

— ¡Uy hija!

Dijo entonces el viejo mirándola directamente a los ojos y saliendo fácilmente de su inmovilismo. La había estado observando.

— *Hace años que no pasa ese utobús!* — E hizo una pausa larga, perdido en sus propios recuerdos, Alicia esperaba.

—... Tendrás que coger un tasis, o hacer utoesto, — bromeó— pero no te lo encomiendo, está empezando a nevar,..., la luna anoche estaba cuernibaja, se avecina una buena tormenta.

Aseguró el abuelo mientras apuntaba al cielo con su bastón.

— *¡La gente ya no es como en antes, YA NO SE FÍA NADIE!* — comentó el hombre de nuevo tras otra pausa y el tono quizás un poco más elevado.

— ¡Ya! — contestó Alicia pesarosa, como queriendo seguir la corriente.

Pese a los años transcurridos recordaba el peculiar carácter de aquella gente, entendía sus silencios, sus gestos, sus maneras, su característico vocabulario. Sonrió para sí, sabía que pese a sus silencios, el anciano continuaría hablando.

— Si *empinas* la calle la *Costítució* seguro que encuentras un *tasis*.

Otra pausa.

— *Por— quí no pasan muchos no,*... — continuó hablando el anciano mirando ya hacia el río, parecía que daba por terminada la conversación.

— ¡Muchas gracias Señor,...! — pensó en preguntar algo más, luego prefirió no hacerlo.

— *Eres de por— quí, te me paíces aalguien...* Esos ojos y ese pelo... — Pero aún no había terminado, no.

— No, lo siento, no soy de por aquí. — mintió incomprensiblemente.

— ¿No? Pues a mí *te me paíces...* — continuó hablando ya casi para sí mismo.

Ya tenía tema de conversación para más tarde en el Centro de jubilados o la taberna con sus amigos y compañeros de juego. Seguro que lo adivinaba que no pararía hasta sacar el gran parecido que tenía con su familia paterna pensó Alicia. Orgullosa, sonriente continuó su camino, levantó su mano a modo de saludo cuando se alejaba ya unos metros del anciano y agregó

— ¡Gracias Señor!

Estaba contenta, muy contenta, llenó sus pulmones de aire limpio y fresco de la sierra. Continuó andando. ¿Por qué había mentido?

— Adiós niña, adiós... Hazeme caso, coge un tasis — se despidió el anciano, levantando el bastón.

Realmente parecía una jovencita con su amplia, larga y ondulada melena roja, su generosa sonrisa, sus pecas y su alta pero menuda figura cargando con aquella vieja mochila; tan sólo sus triste y profundos ojos verdes evidenciaban que ya no lo era.

También Alicia intuía por el olor, por el color del cielo una buena tormenta; aún así ¡había decidido cambiar su vida y lo haría, no haría más caso a sus miedos! ¡Cómo iba a empezar su nueva vida cogiendo un taxi!, durante los últimos diez años habían sido estos su principal medio de transporte a demás esta no sería su primera caminata bajo la nieve, se convencía Alicia mientras subía la avenida de la Libertad. Había decidido ir caminando, si su memoria no le fallaba, no podía haber más de 35 o 40 km. de distancia hasta el pueblo, realizó sus cálculos,... Sería aún de día cuando llegara,... y... como no tenía prisa, y nada mejor que hacer...; en realidad le inquietaba el final de su destino, inconscientemente intentaba demorarlo un poco más.

La ciudad sonreía y las calles concurridas de gente y de coches le daban a su manera la bienvenida. El día aunque desapacible le pareció precioso, ¡le agradaba el frío, la nieve!, ¡estaba en España! En San Pedro. A cada paso descubría nuevos comercios, oficinas, edificios, parques y avenidas. Bastos carteles anunciando pisos de lujo, hoteles, casas rurales, grandes superficies donde poder comprar pero también reconoció algunos antiguos comercios. Decidió entrar en uno de ellos, una antigua panadería, la misma donde hacía años la abuela y papá solían comprar galletas de almendras y caramelos; no había cambiado mucho, quizás alguna que

otra máquina nueva, tal vez también el color de sus paredes. Compró una barra pequeña de pan, un poco de embutido de la tierra y una bolsa de deliciosas galletas de almendra. Demasiada comida para un corto camino, pensó divertida.

— ¡Hummm!..., ¡Harinosas! — se emocionó en voz alta al descubrir los exquisitos dulces tras el cristal del mostrador, como cuando era niña.

Revivió a la anciana panadera regalándole cariñosa algún dulce, la emoción le hizo olvidar los años transcurridos.

— Disculpa ¿Que ha sido de la Señora Leonor?

— *No conozco, no sé* — contestó excesivamente seria y formal la dependiente de acento extranjero.

“Del este”, pensó, sintiéndose un poco molesta con la escueta y seca respuesta. En silencio reconoció su estupidez. Sonrió tímidamente.

Decidió comprar también en el último momento una botella de leche, le seguía gustando mucho beber leche fresca sin azúcar en cualquier momento, a demás así no tendría que deshacer la mochila donde había guardado lo que le quedaba junto con alguna lata de conservas, algo de queso y embutido que había comprado en una de las tiendas del aeropuerto para el viaje, más de lo necesario para llegar a casa, ¡pero hacia tantos años que no comía esas delicias!

Continuó su camino, observó divertida que la gente la miraba, pensó que no debía de ser muy normal su aspecto por allí; unos la daban los buenos días, otros decían "Hola" ó "Qué tal", algunos la saludaban con un gesto de la mano o con la cabeza,... estaba contenta, se notaba, trasmitía su entusiasmo, y esto era realmente lo que llamaba la atención.

La urbe situada a ambos márgenes del amplio cauce del río del mismo nombre uniendo las suaves laderas de dos montes como si de una vasta y larga sombra se tratase, arropada por inmensos pinares, ¡de arriba abajo y vuelta a subir!, fue ciudad medieval, milenaria, cabildo catedralicio e importante feudo religioso desde donde su influyente obispo decidía el futuro de la comarca hasta la abolición de los señoríos y la desamortización del siglo XIX, convirtiéndose entonces en una pequeña y tranquila ciudad de provincias, gobernada por curas y monjas, con escasa población seglar y mucho poder político; Emilia Pardo Bazán, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o el Conde de Romanones vagaron por sus románticas, hermosas y empinadas travesaños; pequeñas, antiguas callejuelas que surcando la ciudad formaban su maravilloso caos en torno a sus antiguos e impresionantes palacios e innumerables iglesias y conventos, haciendo casi invisible el cauce del pequeño río San Pedro.

Más tarde, durante los setenta, sus escasos y anticuados comercios se vieron beneficiados por el abandono amplio y progresivo hacia las florecientes oportunidades que la industria ofrecía en las grandes ciudades desde hacía ya muchos años a peones, vendedores ambulantes, muleros, tenderos, cacharrereros y pequeños propietarios de tierras que incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos veían como se mermaba su calidad de vida; por lo que la reducida población restante de los municipios cercanos se vio obligada a comprar en sus tiendas todo lo necesario para su subsistencia.

Con la industrialización de grandes ciudades y su progreso nació una nueva clase, la clase media que por fin disfrutaba de algo de tiempo libre y que con la facilidad de viajar que ahora proporcionaban trenes, líneas regulares de autobuses e incluso, los más afortunados, los nuevos turismos, descubrió el placer de viajar; la cercanía relativa de San Pedro con la capital, su historia, sus monumentos y su estupendo clima sobre todo en verano, le brindaron la oportunidad de acoger a innumerables visitantes, domingueros, turistas, buscadores de tranquilidad, sabios y poetas que encontraban en sus apacibles calles empedradas, sus espléndidos edificios, sus paseos, sus fuentes, su entorno el preciado tesoro.

Con los años tuvo también que dar servicio sanitario y escolar a las pequeñas poblaciones cercanas, cobijando más tarde a sus gentes que huían del abandono total de sus pueblos. Todas estas necesidades obligaron a sus nuevos y democráticos gobernantes a adaptarse a los nuevos tiempos reduciendo drásticamente la decadente y oprimente influencia eclesiástica para hacer de San Pedro una ciudad moderna y actual; esto dio paso a un aumento espectacular de su población, creciendo rápidamente en pocos años, convirtiéndose en la ciudad más importante de la Sierra Norte de Guadalajara.

Desde el lugar en el que se encontraba, ya en la carretera, a unos tres kilómetros de la ciudad se podía distinguir perfectamente aunque lejana la robusta Catedral Románica, y junto a ella la muralla y el barrio cristiano de la antigua ciudad; a la derecha, frente a ella, en la otra falda el antiguo y devastado por innumerables contiendas durante la Guerra Civil Castillo del Obispo, restaurado completamente en la segunda mitad de los sesenta y convertido en parador Nacional; a sus pies el barrio bajo, la antigua judería.

(¡Espectacular!)

E instintivamente sacó su cámara de la bolsa y se dispuso a hacer una fotografía. No hizo una, ni dos, sino toda una serie de ellas, su mente comenzó a volar, pensó en Asset, su antiguo editor, “Le impresionaría”. Meneó la cabeza pesarosa, retiró la vista del objetivo. Observo de nuevo el paisaje, había perdido el encanto.

— ¡NO!... No, no ¡Esta no es ya mi vida!, sentenció enérgicamente en voz alta, para que todo el mundo pudiera oírlo. Nadie la oyó, estaba sola, lo sabía, tal vez por eso gritó.

Recuperada ya de su breve depresión se dispuso a reanudar su camino, volvió a mirar la ciudad con nuevos ojos, le sorprendió nuevamente como había crecido todo aquello, recordaba perfectamente que entre San Pedro y San Martín se extendía un impresionante pinar, hoy el pueblo era ya parte de la ciudad y le apenó un poco la desaparición de tanta vegetación.

La nieve caía ahora con intensidad, calculó por los postes kilométricos de la carretera que había avanzado más de quince kilómetros, la mochila comenzaba a pesar y tenía hambre, miró el reloj, ya eran casi las dos de la tarde, decidió parar.

Eligió una hermosa y lisa piedra que encontró bajo un gran olmo junto a la carretera, algo la cobijaría de la fría e impasible nieve que no paraba de caer agresiva. Aunque ya no le parecía tan buena idea eso de ir bucólicamente andando hasta el pueblo había recuperado el buen humor, a pesar de que la nieve ansiaba cuajar apresuradamente y la cosa no pintaba bien, comió animadamente un poco de embutido, pan, leche "*¿y de postre?: ¡una galletita!*" Y recordó sonriente a la abuela.

Recuperado el ánimo, sin hambre y sin sed, decidió reemprender la marcha, debía acelerar el paso de lo contrario se le echaría la noche encima. La cabeza gacha mirando el suelo, luchando con su pelo que rebelde jugueteaba con el dinámico viento empeñado en descubrir su cabeza cubierta precariamente con el gorro de su plumas intentaba mantener el equilibrio, permanecer en el margen de la blanca ya y solitaria carretera, resultaba difícil. Tropezó con una piedra cubierta de nieve venteada y dio un traspíe, se asustó, miró al frente e inspiró hondo, sonrió ante la perspectiva de lo cómico de su caída mientras un agresivo viento polar enredado con gruesos copos de nieve abofeteo su cara.

Recordó otro traspíe dado años atrás cuando una nevada mucho mayor había dejado incomunicado el pueblo durante días. La maestra, la señorita Doña Agustina, había bajado a San Pedro a comprar algunas cosas y no pudo volver a subir, la nevada se lo impidió; por lo que Don P, sonrió al pensar en el Cura, ¡el Bueno de Don Pablo!, fue el encargado de sustituirla y poner orden en la escuela durante esos días.

¡Y en aquellos días en Santa Cruz de Medinaceli reinó la anarquía!: recordó divertida cómo los astutos alumnos se escapaban con imprudencia por las ventanas y algunos, los más descarados, hasta por la puerta mientras que el cura dormitaba sobre la maciza y vieja mesa de la profesora.

Recordó también los golpes recibidos al tirarse por la empinada y zigzagueante carretera de acceso al pueblo utilizando viejas tablas de lavar por trineos y ¡lo costosa que resultaba la subida!, pese a ello, ellos ere que ere, una y otra vez la subían; los enormes y preciosos muñecos de nieve decorados con arrugadas zanahorias robadas en la alacena de la abuela, los grandes botones, el viejo sombrero del tío Matías y la raída bufanda que Patricia le robó a la tía Sandalia, ¡y

los zapatillazos que recibió!; recordó los bolazos tirados a discreción, ¡y las broncas!. Recordó historias de miedo, acurrucados todos, chicos y mayores, junto a la apagada y vieja chimenea de “*La casona abandonada*” cuando anochecía. — Una mueca entre tristeza, amargura y alegría se dibujó en sus labios recordando su infancia.

Ánimas

Siguió recordando, las imágenes volaban rápidas por su mente atropellándose, golpeándose unas a otras impacientes por salir; una buena manera de avanzar, viejas historias que le hacían sonreír, pasó un buen rato. Avanzó algún kilómetro.

Le pareció oír a la abuela contándole una de sus infinitas viejas historias que le *contara* de pequeña en torno a la mesa de la cocina durante las largas tardes de invierno limpiando juntas algunas legumbres, mientras lucero aburrido dormitaba junto al hogar:

"Sabes cariño, yo no soy muy de perder el tiempo en misas, los curas..., los curas no me gustan, predicán con la boca y no dan ejemplo con el corazón..., muchos ni siquiera tienen.... ¡Pero creo en Dios! Y ¡siento gran devoción por las ánimas benditas! ¡Las Ánimas Benditas del Purgatorio son muy Milagrosas! Te contaré una historia"

(Siempre empezaba así). ... Y una sonrisa voló de sus labios.

"Se ha perdido ya la tradición, como tantas otras se están perdiendo, y más que se perderán; se pierden por falta de tiempo, hoy ya no hay tiempo de nada, y seguro que mañana vosotros aún tendréis menos tiempo que perder en las pequeñas cosas cotidianas que nos unen a nuestro pasado; desligándonos cada día más de nuestras raíces. ¡Cosas de viejas! Decía yo... y también lo dirás tú".

(¡Cuánta razón tenía!), pensó Alicia tristemente.

“¡Déjate de añoranzas María que tu nieta aún no te entiende! —dijo bajito, muy bajito la abuela, girando un poco la cabeza y dando paso con la mano; como siempre regañándose a sí misma cuando se demoraba en explicaciones”.

Y volvió a sonreír divertida.

“Te diré que Las Ánimas tienen fama de conceder a sus devotos, si lo haces con fervor, los deseos más peregrinos y difíciles; todo menos beneficios personales, no puedes pedir por ti y tampoco puedes pedirles dinero, ¡recuérdalo hija mía, si lo haces te pueden traer mucho mal!...” — Le dijo la abuela, pausando después su relato, esperando la promesa de su nieta.

Esta vez también lo hizo.

— ¡Te lo prometo! ¡No lo hare nunca abuela! — Y sólo entonces continuó recordando.

“Antaño, aquí en el pueblo, rezábamos todos juntos al anochecer en el calor del hogar por la salvación de las Ánimas benditas del Purgatorio. Unos ya habían cenado; otros en la cama ya; otros alrededor de la mesa cenando, sumando o desmotando lentejas. Fuera “el Mayordomo” recorría las calles animando y dirigiendo a los fieles en el rezo de la oración de las Ánimas, pidiendo por su salvación y los vecinos en sus casas tras las cancelas cerradas con la prohibición de ver al encargado oraban con él en silencio y rogaban sus deseos, sobre todo por sus enfermos.

Mi padre fue durante cuarenta años el Mayordomo, el encargado de la oración, y antes lo fue su abuelo, (le detalló la abuela con orgullo) y durante cuarenta años, todos los días al anochecer mi padre recorría hasta el último rincón de la villa, acudiendo allí donde pudiera haber un alma tras la ventana emplazando a la oración.

Tin, tin, tin. Tin, tin, tin...

Un Padre Nuestro, un ave María, por las benditas Ánimas del purgatorio, por el amor de Dios.

Y en silencio rezaba un Padre Nuestro arrastrando las desgastadas suelas de sus albarcas recorriendo la solitaria noche del pueblo.

Tin, tin, tin. Tin, tin, tin...

Un Padre Nuestro, un ave María por las benditas Ánimas del purgatorio, por el amor de Dios.

Y volvía a rezar, esta vez un Ave María.

Y así todos los días recorriendo todas las calles, todas las plazas, todos los rincones del pueblo acompañando su cancioncilla con la triste luz de un viejo candil y su campanilla mientras su pulgar pasaba las estaciones de un rancio rosario.

Durante cuarenta años nevase, lloviese hiciese frío o calor él salía, recorría el pueblo con su cantinela, con su rosario, su campanilla y su candil, siempre para rezar por ellas, llamando a la oración de todos aquellos que, como él, procesaban su devoción por las Ánimas benditas del Purgatorio, por sus salvación”.

(Su pensamiento hizo en este punto la misma corta pausa que hiciera la abuela y la vio a ella mirando a su escaso auditorio a los ojos, para después continuar con su relato.)

“Aún cuando cayó enfermo, ya mayor, siguió saliendo todas las noches. Recuerdo aquel verano, hacía calor pero él salía envuelto en una manta; decía que así engañaba al frío que incrustado en sus huesos se lo estaba comiendo, pero en realidad era la fiebre la que le provocaba aquellos intensos temblores”, le aclaró también es esta ocasión la abuela.

“Un día no pudo más, pasó todo el día en la cama envuelto en un suave sopor, a la hora pareció sentir mejoría y en vano intentó levantarse, ataviarse para la oración, le fue imposible, sus piernas no le acompañaban.

Al anocheecer oímos claramente el conocido tañer de la campana.

Tin, tin, tin. Tin, tin, tin,... y el más absoluto silencio.

Al rato.

Tin, tin, tin. Tin, tin, tin,... otra vez más.

Bajamos todos a la cocina, pues de allí provenía el sonido.

Y allí estaba ella, su campanilla, su vieja compañera de pié en el suelo, bajo la estantería donde durante cuarenta años mi padre la había colocado detrás de las tazas. ¡No había un tazón, jícara o vasija caída o movida, ni un sólo plato roto! Todo estaba en su sitio. Y ella allí, de pie en el suelo.

Apresurados volvimos a la habitación, mi padre acababa de morir, entre sus manos el viejo rosario y una sonrisa dibujada en sus labios.

Mi madre no dijo nada, cogió la campana y salió a la calle.

En el silencio de la noche volvimos a oír el repicar de la vieja campana.

Tin, tin, tin. Tin, tin, tin, ...”

A su espalda sonó el pitido de un coche, y otro más. Se sobresaltó.

— ¡Lo siento! ¡Vaya susto que te he dado! — dijo una mujer sonriente asomada a la ventanilla de su coche.

— No es nada, es que iba distraída. — se justificó.

— ¿Dónde vas con la que está cayendo?

— A Santa Cruz — gritó para hacerse oír y añadió— ¿Me puedes llevar?

— Paso por el empalme, te dejo allí.

— ¡OK!, — respondió Alicia encantada— eso estará bien, ¡muchas gracias de verdad! — añadió.

Y se dispuso a quitarse la mochila de la espalda, la introdujo en el asiento trasero y rodeó el vehículo lo más rápidamente que pudo apoyándose en él para no caer. Se sentó junto a la conductora, frotando y soplando sus frías manos y añadió mostrando una amplia y profunda sonrisa:

— ¡Gracias!, ¡Menos mal! ¡Estaba empezando a congelarme!

— Si, la verdad es que no hace muy buen día para pasear — bromeó— Me llamo Chelo y ¿tú? — preguntó.

— Alicia — fue la escueta respuesta.

— No eres de aquí — sentenció— ¿De dónde eres? — le preguntó intrigada.

— Pues soy de aquí, de Santa Cruz.

— Por detrás pareces más joven...

— Sí. Eso dicen — contestó Alicia, un poco molesta.

— No es habitual a tu edad viajar de esta manera.

— No era mi intención. Tampoco soy tan mayor. Llegué esta mañana en el tren de las diez. — Estaba ofendida.

— La conductora continuó unos metros en silencio.

— Yo no..., no soy de aquí, soy Madrileña, pero hace más de 20 años que vivo aquí, me casé con un ganadero de la zona, al principio vivíamos en Sonseco, pero hace años que como todo el mundo vivimos en San Pedro — expuso complacida.

— Ha crecido mucho,... es... mucho más grande. (Esta mujer es como un libro abierto, no debe tener secretos) — pensó divertida.

— Hace tiempo que no venias por aquí, ¿verdad?

— ¡Veintisiete años!, ¡veintisiete largos años! — contestó casi automáticamente, con voz grave— ¡Pero bueno!,..., ¡continua preciosa la ciudad, preciosa! — añadió seguidamente, esta vez con voz animada, intentando sin conseguirlo, ocultar su añoranza, esa mujer le estaba contagiando su franqueza.

— Si, la verdad es que si, me gusta vivir aquí, es una ciudad tranquila y acogedora. Y nos conocemos todos, o ¡casi todos! — agregó Chelo orgullosa.

— (Seguro que tu sí) — pensó Alicia y contestó en un gesto afirmativo— *Aja*

Continuaron en silencio durante bastante tiempo, Alicia reconociendo y admirando el paisaje ya cubierto por la nieve y Chelo atenta a la carretera, comenzaba a estar peligrosa. Cuando faltaban apenas diez kilómetros para llegar se cruzaron con una gran quitanieves que circulaba velozmente en dirección contraria.

— ¡No sabe una lo que es mejor! —apuntó Chelo cuando se recuperó de la impresión que le produjo el charco de nieve que impacto sobre su vehículo cubriendo de sucia aguanieve el parabrisas y obligándole a accionar rápidamente el limpia— ¡la nieve o la máquina!

Alicia Sonrió. Pero no dijo nada, a ella también le había sobresaltado.

— Tengo que parar y poner las cadenas, esto está ya muy mal. — comentó Chelo al cabo de unos minutos mientras paraba ya el vehículo— Cuando quiera pasar la máquina en esta dirección ya habremos llegado a casa. — Añadió jocosa.

— Quédate en el coche, no tardo nada.

— No, no, ¡no faltaba más, te ayudo! — se ofreció Alicia.

Juntas colocaron las cadenas, nunca había colocado unas, le pareció fácil.

— Al principio cuesta, pero ¡en cuento las pones un par de veces! ¡*Coser y cantar!* — comentó la conductora al ver la cara de sorpresa de Alicia ante la agilidad de la gruesa mujer.

— ¡Sí, sí, ya lo veo!, parece que las pone a menudo.

— Tutéame, Alicia que somos compañeras de viaje ¿no? — Bromeó— Sí, la verdad es que de octubre a marzo las pongo más de cien veces, ¡casi todos los días! — Exageró— me gusta llevarles la comida a mis chicos.

— ¿La comida? — preguntó sorprendida Alicia.

— Sí, mi marido falleció y yo me hice cargo del negocio hace unos años, tengo tres pastores, ahora voy a ver qué hacemos: si se bajan a San Pedro o se quedan en el monte con el ganado, he cogido comida para varios días por si acaso, ¡a los trabajadores hay que tratarlos bien! — sentenció orgullosa.

— Sí, ¡claro que sí!

— Antes,... No pretendía ser grosera... Es que soy muy directa, — quiso disculparse Chelo— y a veces... meto la pata.

— Ya, ¡ya lo veo! — Evidentemente Alicia no las aceptaba.

— ¡Bueno, pues ya estamos! —Comentó parando el vehículo a la derecha, junto a una estrecha carretera— Lamento no poder acercarte al pueblo, pero no quiero que se me haga de noche que luego no los encuentro. Y no quiero que se queden aquí tirados. — Le tendió una tarjeta y añadió— llámame... Si te quedas por aquí podemos ser amigas.

— No te preocupes, ya has hecho bastante, muchas gracias, de verdad Chelo, ¡muchísimas gracias! — agradecida y arrepentida por no poder aceptar sus disculpas, no había sido para tanto.

Bajó del vehículo, cogió su mochila y volvió a darle las gracias mientras cerraba la puerta trasera. Se alejó caminando por la carretera ya cubierta de nieve. Chelo se despidió asomando la mano por la ventanilla y un par de pitidos con el vehículo ya en marcha.

La nieve continuaba cayendo, todo estaba en silencio y la oscuridad era absoluta. Era sábado, o eso creía ella, de nuevo se quedó dormida.

El miedo a la muerte, el frío, la soledad, el cansancio y las lágrimas hicieron su trabajo.

El Regreso

7.

Manuel. Cuatro años atrás.

“Cuando el alma queda atrapada regresar se muda en la única opción.”

Alto, atlético, facciones angulosas bajo un casi ensortijado pelo negro teñido ya por las pequeña hebras blancas del pasar de los años; ojos grandes, negros, sinceros; pálidos y amplios labios finos y generosa nariz; cuarentón, chulapo, madrileño, amigo de sus amigos, mujeriego, atento, observador, elocuente, mordaz y ahora un “Urbanita exiliado”.

Prestigioso Escritor y afamado periodista de investigación, había trabajado a lo largo de su extensa carrera para varias de las más prestigiosas agencias de prensa y vivido en muchas y diferentes ciudades de todo el mundo pero siempre durante cortos periodos de tiempo. Insaciable viajero había conocido tantos lugares, tanta gente, tantas costumbres que había olvidado sus propias raíces y, pese a su carácter afable y su especial talento comunicador, su empatía, su gran facilidad para hacer amigos y de adaptarse a cualquier situación, incapaz de echar raíces, de anidar en ningún lugar y mucho menos de comprometerse formalmente con nada ni nadie.

Su vieja agenda de cuero negro su posesión más preciada, en ella apuntaba todo lo que se cruzaba en su vida, todo, se la sabía de memoria de tantas y tantas vueltas como le había dado a lo largo de los años. En realidad aquella vieja agenda negra estaba en su cabeza donde almacenaba hasta el más pequeño segundo de su vida, la repasaba sencillamente por recordar de una manera física lo que esta contenía.

En octubre 1986 reunió 20, las mejores, de sus más de 100 historias cortas, historias reales, contadas en primera persona en un libro más de 400 páginas al que tituló “Mírame” y que con más de seis millones de ejemplares vendidos y traducida a cinco idiomas fue galardonada con el premio al libro del año en varios países y por la que había firmado un suculento contrato para la publicación de una segunda y una tercera parte. Pero si bien fue esta la obra que le catapultó a la fama no era su primer trabajo, ni su primer premio, no; el primero lo obtuvo con tan sólo

20 años en el Certamen de relatos para jóvenes promesas de Madrid, donde presentó su novela “*Ab imo pectore*”—Con todo mi corazón— Desde entonces había ganado ya infinidad de premios tanto literarios como periodísticos.

Tras su regreso de Perú había pasado los últimos 15 días en París recopilando información sobre las manifestaciones juveniles en el extrarradio para su editorial mensual en la revista; no había sido nada fácil escribir aquel artículo, demasiados sentimientos encontrados pero ya estaba hecho y entregado. A primera hora de la mañana se había pasado por la redacción, un largo desayuno de trabajo con el equipo, “el jefe” y el director, no sin antes saludar a los amigos y sin tiempo para más.

La misma apretada agenda de siempre, las promociones eran así.

Esa tarde presentaba su decimonovena obra y en dos días volaría otra vez con destino a los Ángeles; se sentía satisfecho, hacia lo que le gustaba y como le gustaba, nadie ponía límite a sus reportajes y mucho menos a sus libros, sabía que no todo el mundo podía trabajar haciendo lo que le gustaba, y le estaba agradecido a la vida, aún así últimamente algo andaba mal, se encontraba inquieto.

Durante esos dos días en Madrid se alojaría en casa de Álvaro, su padre, en un amplio y cómodo chalet en el viejo barrio de Arturo Soria; el mismo en donde había acumulado a lo largo de sus viajes en cajas apiladas en la buhardilla premios, muebles, adornos, libros, recuerdos, todo. Álvaro al contrario de lo que pudiera parecer estaba encantado tanto de que su casa sirviese de guardamuebles de su hijo como de ser, aunque en contadas ocasiones, su compañero de piso; quien hasta entonces, hasta ese día, no había sentido necesidad de vivir en ningún otro sitio.

Todo estaba preparado y las maletas en casa hacia horas, se lo había confirmado su padre, la presentación sería a las seis de la tarde en el Corte Inglés de Castellana. No había tenido tiempo aún de ver a la familia; ya lo haría en la cena.

A las tres y media de la tarde salían del restaurante, había comido con su representante, su editora y con la estupenda, en todos los sentidos, relaciones públicas del Corte Inglés; la comida se había prolongado demasiado tiempo para su gusto, no había podido evitarlo en un par de días presentaba en los Ángeles y aún quedaban algunos flecos sueltos.

— Id adelantándoos vosotras, me encantaría seguir charlando, —mintió— pero necesito ocuparme de algo, si me disculpáis —apuntó cuando salían ya del salón, no lo había planeado, fue un impulso, él mismo se sorprendió.

— ¡Claro que sí cariño! —contestó Miriam, su representante, mientras le besaba en la mejilla— Carla y yo nos ocuparemos de todo,... pero no te líes, ¡a ver si vas a llegar tarde!

Sabía que cuando Manuel quería hacer algo no había manera de impedirlo, no lo evitó; conocía a Manuel y estaba inquieta, le preocupaba su aptitud ausente, incluso la indiferencia con que había tratado a Sandra sin ver o querer ver aquellas insistentes insinuaciones, no era normal. No sabía porque, pero algo andaba mal ¡Algo estaba muy mal!

Carla, su editora y Sandra la Relaciones Publicas charlaban animadamente unos pasos más atrás, Manuel no se despidió.

— Gracias Miriam, Nos vemos luego.

Y sin más se dirigió hacia ninguna parte.

En realidad hacía ya un tiempo que sentía una sensación de vacío en el pecho, una intuición. Vago evitando el tráfico, los peatones, cruzó calles, avenidas y parques durante un buen rato sin destino, quería estar solo, lo necesitaba, necesitaba su dosis diaria de soledad y no la hallaba; no quería alejarse demasiado, no quería llegar tarde, únicamente quería calmar un poco sus pensamientos.

Llamaron su atención unos niños que jugaban en un pequeño parque y se sentó en un banco cerca de ellos para observar, para descansar, era verano y hacía calor, mucho calor; a ellos parecía no importarles atentos tan sólo en su juego. Se estaba bien allí, bajo aquel viejo olmo, agradeció su sombra y aquella ligera brisa y se demoró sentado sobre el respaldo de aquel sobado banco de madera observándolos sin apenas verlos un buen rato, no supo cuanto. No se diferenciaban de los niños que había visto jugar en sus viajes, todos los niños juegan igual, ¡claro que muchos no pueden! contestó amargamente a su propio pensamiento, lamentado profundamente no haber hecho más por todos ellos.

Hasta ese momento se había considerado un hombre comprometido y solidario, la mayoría de sus artículos ligados a las dificultades del tercer mundo, a los desfavorecidos; era socio de varias de ONG`s y desde hacia tiempo, durante el mes

de agosto, trabajaba como voluntario en Costa Rica, en un proyecto de actividades del Servicio de Proyección Social para el acompañamiento a personas con discapacidad; incluso había apadrinado a más de una docena de niños con los que mantenía un activo contacto, muchos de ellos ya tenían sus propias familias, pero ya no se sentía satisfecho, sentía que se auto convencía que algo faltaba que no era cierto que intentaba justificar su pasividad con todas aquellas aportaciones económicas que no era cierto que otros debieran de ocuparse porque él no tenía tiempo que no podía hacer más; Su vida era una excusa, todo en él era mentira, estaba vacío.

Todo había empezado en París.

Llamó su atención una señora de mediana edad, se acercaba cruzando el parque cargando unas bolsas, pasó de largo, sonreía sola, pese al calor y la carga se la veía feliz, se paró junto a un portal y apretó un botón del telefonillo, cualquiera, no se fijó, al poco alguien contestó.

— Mari abre, he olvidado las llaves — dijo la mujer.

La puerta se abrió, y la mujer desapareció tras ella.

Un fuerte pinchazo le atenazó el estómago, el malestar se instaló otra vez en su cuerpo, fue en ese momento cuando lo descubrió, ¡era eso, justo eso lo que necesitaba!, una casa a la que llegar con unas bolsas cargadas de compra. Un lugar donde acumular sus cosas, su vida, su morada.

Desapareció el dolor.

Decidió entonces no viajar más y volver.

No realizaría más reportajes, no le aportaban ya la tranquilidad de espíritu que el necesitaba. Decidió entonces que estaba cansado y no quería caminar más.

Esa tarde durante la presentación de su libro declaró, a la prensa y a todos aquellos que allí se encontraban:

— No puedo seguir, mi curiosidad se ha cansado de viajar.

Hizo una pausa, consciente de lo inesperado e impactante de sus palabras. Observo al atónito aforo, sonrió para sí, y agregó.

— Agradezco a mis jefes, ¡mis grandes y maravillosos jefes! A mis compañeros, a todos vosotros, a mis amigos, a mis lectores, a todo el mundo su confianza y su amistad. Siempre estaré en algún lugar para vosotros, para lo que me necesitéis. Tenéis mi teléfono. –Su agradecimiento y su oferta eran sinceros, y así sonaron.

— ¿Está diciendo que se retira?, ¿definitivamente? –preguntó un nervioso, pelirrojo y delgado periodista situado en una de las primeras filas, alzando la voz para hacerse oír por encima de los murmullos que empezaban ya a invadir la sala.

Algo de aquel muchacho llamó su atención, se distrajo durante unos segundos perdido entre sus recuerdos.

— No cubriré más noticias. –contestó al fin.

— ¿Seguirá escribiendo? — Preguntó otro.

— No ha sido una decisión premeditada, de hecho hace apenas unos minutos que lo he decidido. Aún no... –Quiso eludir la respuesta, no sabía que contestar.

Hizo otra pausa, larga. Se fijó de nuevo en el muchacho, sonrió y continuó hablando.

— No lo sé. Sé que no quiero hacer. No quiero viajar más, al menos de momento.... Me marchó. ... No sé a dónde ni hasta cuando, ni cómo. ... Sé por qué. Necesito crecer. ¡Muchas gracias y hasta más ver!

No quería más preguntas, no sabía que responder, Carla y Miriam se miraban sorprendidas, boquiabiertas. Su chaqueta estaba colgada de la silla, la recogió y se guardó su pluma en el bolsillo de la camisa lentamente. Agradeció de nuevo la asistencia a todo el mundo, deseó sinceramente que su libro gustase tanto como los anteriores y salió de la sala.

Por Rosa María García Palacio.

Por la noche en familia comunicó su decisión mientras disfrutaban sentados alrededor de la gran mesa de cristal del salón colocada junto a la cristalera de acceso al porche abierta de par en par y por la que entraba una agradecida brisa compartiendo una ensalada de patas de cangrejo con huevo y una de aquellas apetitosas empanadas con la que les obsequiaba de vez en cuando Raluca y que siempre, pese a la insistencia de Manuel, se negaba a desvelar su receta. No estaban todos, tan sólo su padre, su hermana pequeña y él; José Luis y Eduardo no habían podido asistir, ¡ya se verían en otra ocasión! les había prometido Manuel, no sin cierta decepción; le hubiera gustado que estuvieran todos juntos al comunicar su decisión, pero entendía que no pudiera ser, ¡como no lo iba a entender! si hasta ese mismo día él había estado demasiado ocupado para su familia. Sabía que no era desinterés, simplemente que sus obligaciones hacían que la familia pasase siempre a un segundo lugar. No era para tanto.

Y allí estaban los tres juntos charlando, riendo, recordando viejos tiempos, escuchando las nuevas anécdotas de Manuel en Perú y en París; en los postres lo soltó de golpe, claro que ya había dado alguna pista durante la cena diciendo: “*a partir de ahora será diferente*”, o “*¡lo podíamos hacer ahora que voy a tener más tiempo!*” o “*me gustaría volver a intentarlo*”, frases que a ninguno les habían pasado inadvertidas; había estado dando un gran rodeo, hubiera podido decir lo mismo que había dicho en el hotel horas antes, pero ellos eran su familia y no sabía cómo. Y se sorprendió al comprobar que a ninguno le extrañase su decisión, ni siquiera a Raluca, dedicándole una sonrisa de complicidad a su padre cada vez que se acercaba a la mesa.

Si sorprendió sin embargo su urgente decisión de adquirir una vivienda, su necesidad de independizarse, de alejarse, y sobre todo que quisiese hacerlo fuera de Madrid y que esa decisión no la hubiese marcado, según él, ningún lugar, ni ninguna persona en particular...

— ¡Planificar, planificar, pero si no he planificado nada en toda mi vida!, ¿cómo lo voy a hacer? ¡No sé por dónde empezar!

— ¡Fácil!, coges un plano lo estudias, ¡o tiras un dardo! y decides a donde quieres ir a parar. Y a partir de aquí, buscas una casa, la compras, sacas tus cosas de esas patéticas cajas de cartón.... —comentó divertida Ana, mientras retiraba unas copas de la mesa.

— No tienes porque precipitarte, te quedas en casa y tranquilamente decides lo que quieres, no tienes porque marcharte de aquí. ¿Sabes?

— ¡Papá! — le regañó cariñosa Ana.

— ¡¿Qué?! —se lamentó— Tenemos espacio de sobra para los dos ¡Si quieres, hacemos otra entrada!, una para cada uno, ¡me pido la planta baja! — bromeó, ignorando las miradas de su hija.

— ¿Quieres una copa? —preguntó su hermana dirigiéndose a Manuel, mientras se acercaba ya con una botella de Limonchello y unos vasos de licor.

— Opino que deberíamos de sentarnos en el sofá, estaremos más cómodos — propuso Álvaro levantándose de la mesa, no podía ocultar su incomodidad.

— Papá, preferiría salir a la terraza, hace una noche estupenda...

— ¡Mira como sabe lo que quiere! —contestó su padre divertido.

— A mí también, si nos ayudáis un poco, salimos todos. — comentó jocosa Ana.

— No tienes que recoger tú, Raluca lo hace sola —le contestó una mujerona de origen Italiano. Llevaba ya muchos años en la familia, más que una asistenta era una buena amiga, sobre todo para Álvaro que siempre necesitaba de alguien.

— Ana, vas a conseguir que se enfade, sabes que no le gusta que le toques sus cosas — le reprendió su padre.

Ana se encogió de hombros y se dirigió con los tres vasos y la botella a la terraza iluminada con unos estupendos faroles de forja de marcado estilo gótico ofreciendo a la estancia con su suave luz un aspecto acogedor. Era evidente que aquella terraza amplia, fresca, con todas aquellas preciosas y florecidas macetas sobre su alfeizar era uno de los rincones favoritos de su propietario y de que allí disfrutaba de muchas horas de tranquilidad sentado en alguno de los butacones de madera clara cubiertos con gruesos almohadones de plumas tapizados con tela beige y grandes flores rosas y rojas que rodeaban la maciza mesa redonda de patas de madera y tapa de cristal o meciéndose en el balancín tapizado a juego con los butacones situado en un rincón bajo la enredadera leyendo algún libro o simplemente disfrutando de la brisa, las vistas, o cavilando alguna que otra cuestión, tomando jugo o un licor o nada al atardecer.

Ana decidió sentarse en el balancín, Manuel se sentó en una de las butacas, su padre permaneció en pie, no se sentía cómodo, algo no le gustaba.

— Quiero hacer las cosas bien. No me quiero precipitar –continuó.

— No tienes porque hacerlo, papá te ha dado la respuesta.

— ¿Hacer dos entradas? —bromeó sonriente Manuel.

— Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, puedes quedarte para siempre – sentenció solemne Álvaro, sentándose junto él.

— Claro –comentó Ana columpiándose suavemente.

— No quiero vivir en Madrid. Papá, no es por ti. Es la ciudad. No quiero vivir en ninguna ciudad.

— Nadie te está diciendo que te quedes en Madrid, sal, viaja, visita lugares, haz nuevos amigos, cuando lo encuentres, lo sabrás. Tomate tu tiempo.

— Conoces muchos lugares. ¿No hay ninguno..., especial,... que te atraiga?.. – preguntó Álvaro.

— Sí, la verdad es que había pensado en llamar a Tomás ¿Os acordáis de Tomás? Hace tiempo que no sé nada de él, hoy me he acordado de él, quisiera retomar su amistad, fuimos grandes amigos durante muchos años.

— ¡ACABÁRAMOS! ¡EL QUE NO SABE QUÉ HACER!, creo que ya lo tienes todo pensado, ¡creo que siempre lo has tenido!, ¡sabes lo que quieres perfectamente, pero no sabes cómo decirlo! — sentenció Ana, incomprensiblemente ofendida.

— ¡Ana! ¿Por qué dices eso? — la reprendió su padre sorprendido, sin entender el tono tan cortante que estaba utilizando su hija con Manuel.

— Eso no es así Ana, sólo quiero ver a Tomás... y a Abel, volver a Santa Cruz, dar una vuelta, charlar, ¡nada más! –se justificó.

— Tú no buscas tranquilidad,... ¡LA BUSCAS A ELLA! –continuó está ignorando a su hermano y a su padre.

— ¿A ella?, ¿quién es ella?, ¡no sabía que tuvieras novia! –preguntó su padre que estaba ya completamente perdido.

— Y no la tiene papá. Ella es un recuerdo, un fantasma de la infancia, una niña, tonta, mimada y caprichosa a la que la prodigiosa imaginación de tu hijo y los años, ¡por lo visto!, han transformado a “una embustera” en una falsa ilusión. –levantando excesivamente la voz, estaba indignada.

— ¡Tú lo has dicho!, pasado. Sé que vive en Estados Unidos desde hace unos años. Y hace más que la he olvidado. –contestó ofendido.

— ¿Por eso sabes perfectamente donde esta? Añadió ella cortante.

— No. –iba a agregar más pero su padre le cortó.

— ¡Por eso no te has casado! – sentenció convencido. Acababa de entenderlo todo.

— No papá, no me he casado porque no me he enamorado nunca, nada más.

— ¡No será porque no has conocido a pocas! –le contestó.

No quería recriminar a su hijo, y menos ahora que tenía la intuición de que algo andaba mal, pero aunque nunca lo había dicho, no le gustaba nada aquella desmedida aversión de su hijo ante el compromiso. A muchas de aquellas mujeres las habría querido como a hijas sinceramente, si Manuel hubiera querido.

— Ya has hablado con él ¿verdad? –preguntó afirmando Ana en el mismo tono.

— No. No he podido hablar con él.

— Hermanito, sabes que te quiero. Haz lo que creas que debes de hacer, sabes que siempre te apoyare. Pero.... Ten cuidado. ¿Vale? –rendida.

Había comprendido perfectamente la situación, sabía que él, aún no, no lo sabía, por primera vez le estaba guiando su corazón, se estaba dejando llevar.

El sólo sabía que necesitaba volver.

— No tengo ninguna intención de ir tras ella. Te lo aseguro.

El Regreso

10.

Malú.

De vuelta a la actualidad.

“La soledad, si la deseas, es la mejor de las compañeras.”

Demasiado absorto en su libro no había parado de trabajar en todo el día, algo bastante habitual en él durante sus largos periodos creativos, en los que le gustaba madrugar, tomar una ducha, un simple café y salir a pasear con Malú, de regreso preparaba un buen almuerzo y eso es lo que comía prácticamente hasta la cena, lo hacía temprano, algo ligero. Hoy era uno de esos días.

— ¡Creo que ya está bien por hoy! Se dijo a sí mismo en voz alta apartando la vista de la pantalla por primera vez en mucho tiempo.

Como un resorte Malú levantó la cabeza.

— ¡Qué aburrimiento de tiempo! ¡y parece que esto no va a mejorar en una buena temporada!,..... ¿Te apetece algo de comer? – añadió cerrando su portátil con desgana.

De vuelta a la realidad tenía ganas de conversar, las primeras palabras del día, una buena jornada de trabajo; aún podría haber seguido un poco más pero le empezaba a doler todo el cuerpo, no merecía la pena.

Malú, su tranquilo y atento San Bernardo, le miraba inquieto, expectante; había estado tumbado sobre su confortable alfombra negra prácticamente todo el día, sabía cuando no debía distraer a Manuel y estaba acostumbrado pero ¡tanta quietud era demasiado!, ¡tenía sus propias necesidades!; ahora movía acompasadamente la cola sentado sobre sus patas traseras acompañando con leves movimientos de cabeza las idas y venidas de su amo.

En pie junto al portátil realizó varios ejercicios de estiramiento, necesitaba relajar su cuerpo entumecido. Apenas cuatro zancadas y atravesó el salón, miró por la ventana.

— Parece que ha dejado de nevar, ¡de momento!

Y se demoró un instante observando el paisaje a través del ventanal.

— ¿Tienes hambre?... Yo si.... – preguntó y contestó cómicamente dirigiéndose divertido a la cocina.

Malú sigiloso, respetando su espacio acompañó a su amo, sentándose después sobre sus patas traseras mientras este le explicaba removiendo paquetes primero en la nevera y luego en el congelador sus planes para la cena y el almuerzo del día siguiente, prestando atención como si realmente pudiese entenderlo, tal vez así fuese ¡el perfecto interlocutor!, su único compañero.

De uno de los armarios altos de la cocina sacó el bote de las gallegas, cogió algunas mientras se sentaba distraído en una silla baja junto al fuego y depositó el bote sobre la losa de la chimenea, la tapa a su lado boca arriba. Malú ni se acercó, continuó sentado sobre sus patas traseras a un metro de distancia mirándole directamente a los ojos. Manuel divertido le invitó a coger una de su mano.

— Lo mismo tienes hambre –afirmó. Malú siempre tenía hambre.

El perro no se movió, continuó observándole con aquella mirada. Hablándole.

— ¡¿No me digas que te apetece pasear?! ¡Con el tiempesito que hace!

Bromeó ahora de espaldas al perro mientras acucillado atizaba el fuego prácticamente apagado intentando reavivar la llama, el leño que acababa de echar era demasiado gordo, tal vez no prendiera. Su mente voló a otros lugares, recomponiendo alguna escena inacabada, quizás a tiempos pasados, perdió el hilo de la conversación con Malú otra vez.

Este, paciente, esperaba.

— ¿Estás esperándome? ¿Sí? –dijo al fin sonriendo, masticando mientras se incorporaba y volvía a sentarse en una silla junto a la mesa dejando sobre esta el bote ya cerrado. Le gustaba provocar a su amigo; luego alargó el brazo ofreciéndole la última galleta que le quedaba en la mano y guardó el bote en su lugar.

Este gesto pareció activar al animal que engulló la galleta y ladró impaciente; sonriente Manuel fue hasta la entrada, abrió la puerta del armario cogió abrigo, botas, sombrero, bufanda y guantes. Concienzudo se preparó.... Malú ladraba ansioso.

— ¡Bueno, bueno!, no tan a prisa Malú, ¡tú ya estás preparado! Pero yo no. — comentó con tono jocoso mientras le abría la puerta de acceso al porche; al instante Malú se encontraba ya sentado junto a la puerta de cristal, esperando a que esta se abriese también.

— Sí, sí, ya sé que a ti no te incomoda tanta nieve —comentó mientras terminaba de ajustarse la bufanda en torno a su boca y cerrando la puerta tras de sí.

— Guau, Ghhuau,... —ladró pesada e impaciente el perro.

La puerta se abrió y este salió disparado, de dos saltos bajó las escaleras, dio varias carreras alrededor del gran edificio, y volvió junto a su amo justo cuando este terminaba de bajar.

— ¡Menos mal que hemos limpiado la entrada esta mañana! —se lamentó.

Era tanta la nieve acumulada que los peldaños habían desaparecido y en vez de bajar escaleras se había deslizado por una impresionante rampa blanca.

— ¡Uff! ¡Acabo de encontrar la utilidad de las barandillas!— alegrándose de que nadie hubiera visto su torpe y atropellado descenso. Se limpió con las manos enguantadas la nieve que se le había acumulado en el trasero de los pantalones mientras veía como se clavaban sus piernas en el blando y blanco manto sin poder evitarlo.

— Vete a donde quieras, yo te espero aquí.

Malú se posiciono a su lado.

— ¿No esperarás que en estas condiciones te acompañe a ningún sitio?

Increpó al perro abriendo los brazos e inclinándose para mostrarle como sus piernas se encontraban cubiertas ya hasta las rodillas y amenazaban con hundirse más.

— Esto no puede continuar así, necesitamos una solución. Habrá que contemplar una solución más adelante. —volvió añadir seriamente.

El perro le miró interrogante durante unos instantes, posó su trasero en la nieve y esperó. Al rato, volvió a ladrar. Manuel le imitaba, quieto observándole.

— ¡No insistas que no voy!, ve tu a donde quieras, ya lo intentamos esta mañana, ya he tenido bastante... yo te espero aquí. ¡Venga ve! — le animó.

Y se sentó imitando de nuevo al perro. Este le miró, ladeó la cabeza y dándose por vencido se incorporó y salió corriendo.

Al momento ya estaba allí otra vez, abalanzándose sobre Manuel con tal fuerza que volvió a sentarle al pie de las escaleras y para que su amo no se enfadase con él o en agradecimiento a su liberación le plantó un amplio lametazo en la cara. Con la misma pesada rapidez se retiró, se volteó y haciendo una graciosa pirueta en el aire desapareció corriendo.

Manuel satisfecho se levantó, volvió a limpiarse observando al animal mientras se preguntaba cómo era capaz de avanzar tan rápidamente aquella pesada mancha marrón y blanca sobre esa ingente capa de nieve. Sonrió, orgulloso, adoraba a ese animal.

Mientras esperaba su regreso decidió limpiar las escaleras y un poco de la entrada del jardín, con la nevada esta se había convertido en el único acceso a la vivienda; desenterró la pala que había dejado esa misma mañana en el lateral del edificio junto a las escaleras prácticamente cubierta por la nieve caída en las últimas horas y que inevitablemente se acumulaba arremolinada a sus pies, sólo se veía el mango, y comenzó a despejar la entrada. Le llevó un buen rato, acabó de palmearse la nieve pegada a los pantalones, al abrigo y a los guantes y tras dejar la pala en su lugar provisional, se dispuso a disfrutar de tanta belleza.

Y es que era durante esos crudos días de invierno cuando más evidente se hacía su voluntaria soledad; le gustaba saborearla, era agradable sentir el silencio, el aire helado de la sierra, los copos blancos, limpios cayendo sobre su cara, sobre su espalda y la sensación de la nieve hundiéndose bajos sus pies; aquella paz lejos de asustarle le despejaba, le relajaba, no tenía sensación de estar aislado, o angustia por no poder salir, estaba acostumbrado, le gustaba la soledad y estaba preparado. Tenía su trabajo, sus libros, sus amigos, comida, a Malú, gasoil para la calefacción y leña de sobra para las chimeneas. Sintió un poco de tristeza al pensar que aquel sería, probablemente, su último invierno en soledad.

Aún así en esta ocasión hubiera preferido poder salir a tiempo, ir a visitar a su hermana que había sufrido un accidente el miércoles, el temporal se lo había impedido, en un principio se incomodó bastante, las previsiones meteorológicas aseguraban que el tiempo mejoraría en breve, pero según pasaban los días este persistente dificultaba más su salida; el jueves por la mañana era ya imposible salir de allí con el coche, podría haber ido con la moto hasta San Pedro, pero sabía que no habría trenes y que la nacional estaría cortada en varios puntos. El sábado a primera hora su hermana misma le había asegurado que estaba bien, totalmente fuera de peligro. Todo se había quedado en un susto.

Aún así habría querido estar allí.

Entretenido con la limpieza de la escalera y liado después con sus pensamientos no había reparado en que Malú tardaba demasiado, comenzaba a inquietarse cuando apareció jadeante y completamente empapado.

— ¡Hombre! ¡¿Ya estás aquí!?, ¿dónde has estado? ¿Te habrás desahogado bien?, porque si estás pensando que vamos a salir otra vez de aquí a nada lo llevas tu claro —le increpó Manuel aliviado.

El perro ladró, se alejó hasta la valla de piedra prácticamente cubierta de nieve y se paró justo donde debería de estar la puerta del jardín, volvió a ladrar. Manuel le observaba extrañado. Regresó y nuevamente se sentó a sus pies. Volvió a alejarse.

— Malú vamos a casa, ¡sube ya! — Le increpó.

Regresó obediente.... Volvió a ladrar mientras subía delante de su amo los peldaños de la escalera. Esperó a que Manuel abriese la puerta de la vivienda, pasó y se sentó en el mismo borde de la entrada a esperar pacientemente a que Manuel le arrojase con su toalla roja. Le abrazó, le envolvió y le besó, secándole como pudo el empapado pelaje mientras que el perro permanecía quieto y jadeante con aquella colosal lengua siempre colgando de su boca. Cuando le pareció que ya estaba más o menos seco, le propinó un sonoro beso junto al hocico y retiró la toalla, este salió corriendo sacudiéndose al mismo tiempo con su característica graciosa y pesada agilidad alrededor de la enorme y acristalada terraza. Al poco

ladró varias veces intentando llamar la atención de su amo. Cuando lo consiguió, se sentó junto a la puerta impaciente.

— ¿Piensas quedarte aquí? —Le pareció buena idea— ¡La verdad es que no se está nada mal!, podemos quedarnos un rato....

Esperó a llegar junto a la chimenea para quitarse el gorro y la bufanda y añadió un tronco a la lumbre, se frotó las manos, pese a que no le había añadido ni un palo desde la mañana, aún quedaban buenas ascuas, pero hacía frío, la terraza era demasiado grande, el fuego no era suficiente, frotó sus brazos acercándose a uno de los ventanales y apoyó sobre él sus brazos entrecruzados dispuesto a disfrutar de nuevo sin nada mejor que hacer que continuar contemplando las maravillosas vistas desde una mejor perspectiva. Estuvieron allí quietos apenas un minuto, Manuel disfrutando, Malú esperando.

— ¿Se puede saber qué te pasa?, ¡No paras de mirarme!, ¿no querrás salir otra vez? — le increpó nuevamente.

Malú ladró, y lo volvió a hacer, se incorporó, giró sobre sí mismo y se volvió a sentar esta vez junto a Manuel. Definitivamente estaba inquieto, algo pasa pensó, se inclinó y tomó su cabeza entre las manos.

— ¿Qué ocurre? —le preguntó Manuel preocupado.

El animal se incorporó, y se dirigió hasta la puerta de cristal de la calle, allí volvió a ladrar pateando inquieto el suelo con sus patas.

— Quieres que te acompañe a algún sitio —sentenció— ¿Dónde quieres ir?, ¡ya es casi de noche! —eran algo más de las cinco de la tarde y aquellas nubes negras hacían más precoz el caer del día.

Manuel suspiró,....., se quedó pensativo un segundo y luego añadió.

— ¡Espero que no me hagas salir por un animalito herido! —bromeó, consciente ya de que Malú había encontrado algo.

Bajó nuevamente hasta el jardín para recoger la pala. Volvió a subir, entró en la vivienda y a la carrera bajó hasta el garaje, accionó el botón de la puerta y esta empezó a subir lentamente dejando tras de sí una inmensa pared de nieve de más de un metro ochenta de altura, Manuel suspiró, Malú ladró. Se miraron —eran un equipo— se pusieron manos a la obra: uno con la pala, otro con las patas empezaron a retirar la nieve apilándola en el interior del garaje. Tardaron un tiempo

en preparar una rampa de salida para la moto de nieve, no necesitaban más. Manuel sacó una linterna de un cajón, la introdujo en uno de los bolsillos de su abrigo y empujó la moto hasta el exterior mientras el perro le observaba inquieto. Agotado permaneció junto a la moto, inclinado hacia delante apoyando sus manos sobre sus rodillas recuperando el aliento unos segundos, Malú expectante a su lado, cuando se hubo recuperado se subió sobre la moto, la arrancó, aceleró un poco y encendió las luces.

— ¡Listo!... ¡A ver qué has encontrado!, ¿¡Donde vamos!?! Adelante –tomando completamente en serio la iniciativa del perro.

Malú salió corriendo, el dueño detrás. Aunque conocía bien el pueblo, a esas horas y con ese aspecto, el lugar tenía un apariencia completamente diferente al habitual; las calles parecían más anchas, más desbastadas y las casas más bajas y sin embargo más colosales con sus frágiles tejados deformados por la nieve y la escasa luz no permitía distinguir las ruinas de las edificaciones que aún permanecían en pie y esto le desorientaba. El lugar ofrecía un nuevo aspecto, anónimo para él.

— Tengo que pasear más por aquí— pensó divertido.

A pesar de que durante los días de nieve solían salir a pasear con la moto, nunca había visto tanta nieve como en aquella ocasión y tampoco era este el camino que acostumbraba a utilizar: la situación de su casa a las afueras del pueblo, adyacente al camino que, tras subir un erizado repecho se adentraba casi inmediatamente en el pinar, hacía de este su itinerario habitual; en ocasiones, las menos, entraba en el pueblo para bajar por la carretera hasta la vega y llegar hasta el río, pero nunca se había adentrado en el pueblo, no se le ocurrió, y Malú le estaba dirigiendo a la plaza, hasta el corazón del pueblo.

Una vez en ella entraron en una bocacalle que salía a su derecha, hacia muchísimos años que no entraba pero reconoció la casa inmediatamente, su perro se paró junto a la puerta del abandonado jardín; la conocía bien, le entristeció ver una vez más las condiciones en las que se encontraba.

— ¿Aquí?, Malú ¿Qué hay? ¿Qué hay aquí Malú?... –el corazón se le había desbocado.

Bajó de la moto, pero no la paró, sacó la linterna del bolsillo y alumbró la cerradura de la puerta, retiró un buen montón de nieve que la cubría, estaba como siempre encajada, a simple vista no había cambios aparentes en la finca, tampoco podría haberlos visto, la acumulación de nieve se lo habría impedido.

— ¿Que hay aquí, qué pasa? – no entendía nada, ¿qué quieres Malú? – Preguntó algo nervioso mientras intentaba mover sin éxito la puerta de entrada al jardín.

Manuel levantó la cabeza instintivamente, no vio al perro, giró su cuerpo alumbrando en círculo en su busca, localizó sus huellas, se dirigían hacia la derecha pegadas a la vieja valla de piedra.

— Donde estas, Malú?... — llamó al perro— ¿Malú? — Volvió a decir, mientras seguía las huellas de este. –sólo por oír algo.